

**ME CONVERTÍ EN UN
RATONCITO**

Las pequeñas gotas de lluvia golpeaban contra mi hocico, pues nuestros amos aún no habían arreglado los problemas con las goteras. Como todas las mañanas, maullé, pero mi maullido sonó demasiado agudo, supuse que no había dormido bien y que sólo necesitaba un poco de leche fresquita. También pensé que como tardaría en irse ese tono de voz que tenía, mantendría cerrada mi boca (ya que era muy presumido), para que nadie lo notara. Yo era un precioso felino llamado *Tigre* por mis radiantes rayas naranjas oscuras. Antes de ir a reunirme con los demás de mi raza, es decir, con los de mi familia, decidí, como todas las mañanas, arreglarme y lavarme un poco. Pero al mirarme en el espejo, sentí un escalofrío primero, y mucha hambre después. En aquel espejo sólo se reflejaba la imagen de un elegante ratoncito con los bigotes grisáceos y muy estirados. No había ni rastro de mí por ningún lado, pero estaba contento, iba a tener un espléndido desayuno, y, mis hermanos, los gatitos más pequeños de la casa, caerían arrodillados junto a mí, pidiéndome aunque fuera un poquito de mi exquisito manjar.

¡Puaj! ¿Cómo podía pensar en comer un inocente ratoncito? ¿No tendría que pensar en como escapar de allí? ¿Era cierto que yo era el bonito, elegante, presumido, listo, etc., ratón? Acabé preguntándome si no había sido siempre un ratón (cosa que era imposible), o si seguía soñando. Probé a estirarme los bigotes, a ver si despertaba del profundo sueño (o simplemente de la eterna pesadilla), pero lo único que conseguí, fue quedarme con un bigote en la mano.

Empecé a recoger todas mis cosas (que no eran pocas), y a meterlas en maletas. No sabía ni porqué lo hacía, había algo que me impulsaba a realizarlo, y muy deprisa. Oí a mamá llamarme, como de costumbre, ya que siempre me quedaba mirándome al espejo. Pero esta vez no era igual, si entraba en la habitación, estaría perdido. ¿Ahora qué hacía?

Salí corriendo por la ventana con, exactamente, tres maletas, dos bolsas de aseo y mi galleta de peluche bajo el brazo. No dejé nada, excepto una nota que decía así:

Querida mamá:

He salido a cazar un ratón para la comida, no os preocupéis por mí. Intentaré venir lo antes posible. Si no he venido para la hora de cenar, significará que me he quedado en casa de algún/a amigo/a a comer, y a jugar. Ya llegaré.

Besos. Tigre

Al escribir esta carta, en la que me daba asco pensar que había puesto *cazar un ratón para la comida*, sabía que iba a retener un rato a mi madre, entonces hablaría con mi padre y cuando salieran a traerme a casa y a regañarme por lo que había hecho, ya estaría bastante lejos. Pero no sucedió así, simplemente leyeron la carta, y se pusieron contentos y orgullosos de mí. Todo iba bien, porque eso era beneficioso para mí.

Por el camino conocí a una ratoncita bellísima (como yo), de la que me enamoré locamente. Me quedé a vivir con ella, pues ella también andaba vagabundeando por ahí.

Después de unos años, tuvimos un bebé, un macho al que llamamos *Circuito*, ya que le encantaba montar circuitos para sus coches de juguete y para ir en bicicleta con sus amigos. Él era guapo y listo, pero tenía un pequeño defecto: por las noches salía de casa y se dirigía hacia el centro del bosque, aunque no era demasiado preocupante, ya que por las mañanas volvía a estar en casa. Yo pensaba que sólo era sonambulismo, pero después de unas semanas, me di cuenta de que Circuito, por las noches se convertía en... ¡un felino!

Aunque esa es otra historia y, si alguna vez nos volvemos a reunir, os la contaré con pelos y señales. Y aquí acaba la historia de cómo me convertí en un ratoncito y pude sobrevivir.